



— RUINAS — DEL FUTURO

**CARLOS
BRAVO
REGIDOR**

#OPINIÓN

La “4T” se ha mostrado implacable para blindarse no de la corrupción, pero sí de sus costos políticos

¿NO QUE “EL PUEBLO” SE CANSABA?

F

ue a inicios de 2019, primeros días de febrero. López Obrador, que apenas tenía algunas semanas de haber asumido la Presidencia de la República, daba una conferencia matutina. Hablaba sobre cómo su gobierno intervino para evitar que la Suprema Corte de Justicia de la Nación accediera a condonar miles de millones de pesos en Impuesto Sobre la Renta (ISR) a ex accionistas de Grupo Modelo.

Advirtió que, de ahí en adelante, su gobierno no dudaría en denunciar a jueces, magistrados o ministros que solaparan actos de corrupción o protegieran a delincuentes de cuello blanco. “Nada de que me voy a quedar callado”, enfatizó, “yo no voy a ser cómplice”.

Tras una breve pausa, de eficaz efecto dramático, pronunció entonces un lema al que a veces recurría en sus mítines políticos cuando era candidato de oposición, pero que desde la investidura presidencial cobraba una nueva potencia: “El pueblo se cansa de tanta pinche transa”.

Han pasado poco más de seis años de aquel día. Y casos de corrupción y encubrimientos en su sexenio hubo no pocos:

Acusaciones de corrupción han sido un arma poderosísima del obradorismo

de Ignacio Ovalle en Segalmex a sus hijos con “el clan”, de los “diezmos” en Texcoco al carrusel de depósitos en efectivo de Alejandro Esquer, de Cuauhtémoc Blanco en Morelos a Omar Fayad en Hidalgo, de Ana Gabriela Guevara en la CONADE a Rocío Nahle en la refinería de Dos Bocas, de la “Casa Gris” en Houston a los ventiladores del hijo de Manuel Bartlett,

de los sobres amarillos que les entregaron a sus hermanos a los moches en PROFECO y un largo etcétera que, en el pasado, hubiera hundido a cualquier otro gobierno.

El más reciente se ha conocido estos días y tiene que ver con una millonaria red de *huachical fiscal* en la que estarían involucrados, entre otros, altos mandos de la Marina —esa corporación a la que López Obrador le encargó el manejo de los puertos con el argumento de que resistiría mejor “las presiones de la delincuencia organizada”—.

Las acusaciones de corrupción han sido un arma poderosísima del obradorismo contra las oposiciones, los tribunales, la prensa crítica y los órganos autónomos.

Con fundamento o sin él, le han servido no para reducir la ubicuidad de dicho fenómeno, pero sí para hacer política, descalificar adversarios e investirse, por contraste, de autoridad.

Sin embargo, sus propios escándalos —que, insisto, se siguen acumulando— hasta la fecha no le han cobrado mayor factura. Más aún, la capacidad que ha demostrado para arropar a sus leales con un manto de impunidad al respecto ha sido asombrosa.

Entre la retórica de su superioridad moral (“nos atacan porque están perdiendo privilegios”), el desprestigio de la oposición (“es una campaña de la derecha”) y la política del cierre de filas (“¡no estás solo!”), la llamada “cuarta transformación” se ha mostrado implacable para blindarse no de la corrupción, pero sí de sus costos políticos.

¿Cómo? ¿Hasta cuándo? ¿No que “el pueblo” se cansaba?

@CARLOSBRAVOREG